

Partida de los misioneros

Era el mes de marzo. Cier-
to día, después de haber
permanecido un rato pen-
sativo y silencioso,
dijo don Bosco
a don Juan Cagliero, que
estaba a su lado:

-Quisiera mandar a uno de los sacer-
dotes más antiguos para acompañar a
nuestros misioneros a América y que
se quedara allí unos tres meses con
ellos, hasta que estén bien instalados.
Dejarlos ahora solos, sin un apoyo, sin
un consejero en quien confiarse, me
parece algo duro. No tengo ánimos ni
para pensarlo.

Don Juan Cagliero respondió:

-Si don Bosco no encuentra ninguno a
quien confiar este encargo y me consi-
dera capaz de ello, estoy a su disposi-
ción.

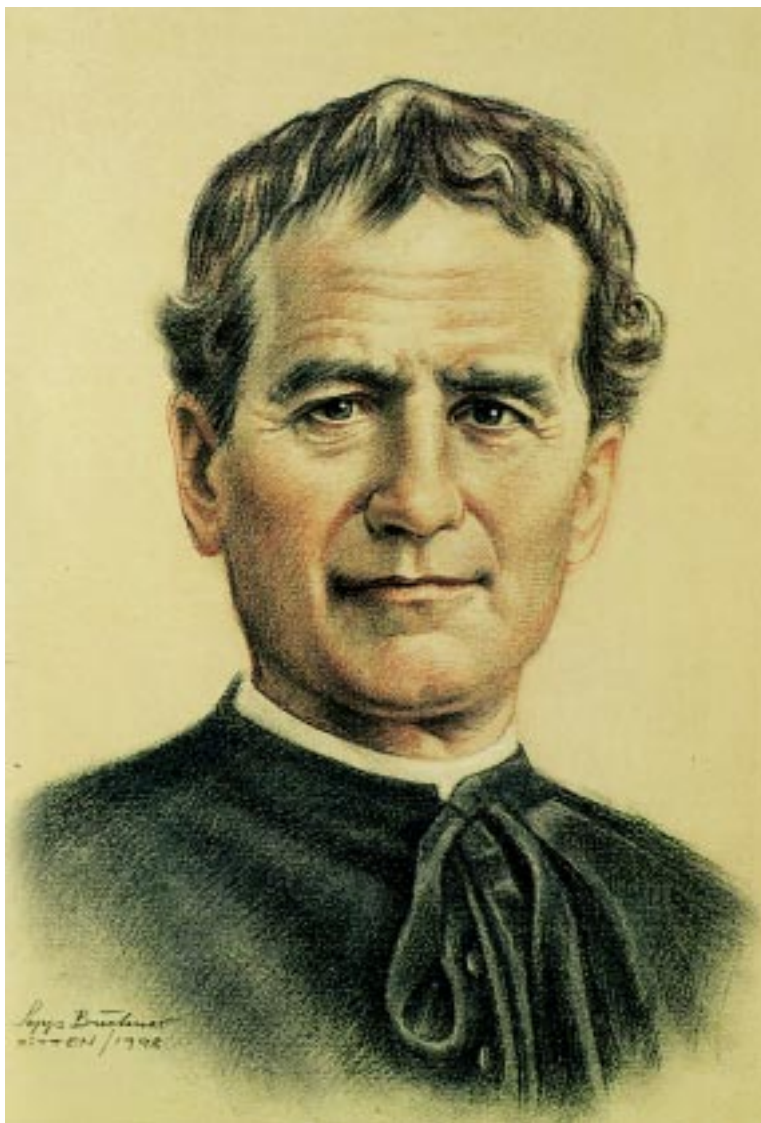
-Muy bien, contestó el Siervo de Dios.

Pasaban los meses y el Beato no hacía
la menor alusión a este su proyecto.
Pero, acercándose el día de la partida,
dijo de improviso a Cagliero:

-En cuanto a lo de ir a América: ¿si-
gues pensando igual? ¿O fue una broma
eso de que estarías dispuesto a ir?

-Bien sabe usted que nunca hablo en
broma con don Bosco, respondió don
Juan Cagliero.

-Pues bien, prepárate, ha llegado el
momento.



En aquel mismo instante corrió Cagliero a dar órdenes para los preparativos; tanto que, a los pocos días, trabajando sin parar, tenía todo a punto. Fue entonces cuando en la mente de Don Bosco se acercaba el cumplimiento de su persuasión de que Cagliero sería elevado a la dignidad episcopal.

Don Juan Cagliero, que había obtenido con sobresaliente el doctorado de teología en la Universidad Real, era

profesor de moral en el Oratorio, dirigía varios institutos religiosos de la ciudad, era maestro de música de los muchachos e intervenía en los asuntos más delicados de la casa; nadie hubiera imaginado que podía ausentarse, ni siquiera por poco tiempo.

Memorias Biográficas Tomo XI, pág. 318.